

trañas le parecieron las palabras de su hijo, que al oirlas creyó que soñaba.

Así ella como su marido, desde que Pedro hubo cumplido veinte años — edad en que, por lo común, se casan en aquel país los jóvenes aldeanos — le habían instado muchas veces para que se casara; pero Pedro, que conocía su rudeza y su carácter brusco mejor que nadie, respondía siempre:

— No soy para casado.

Seis años habían pasado en instancias y en negativas, y tanto el padre como la madre habían perdido completamente la esperanza de que Pedro eligiese esposa.

Así fué que, al oír decir á Pedro que se quería casar, la sorpresa dejó muda á la anciana.

— ¡Que te quieres casar! — repitió ésta tras una larga pausa: — ¿y con quién? ¿quién es tu novia?

— Ann no la tengo, madre — respondió Pedro; — hace ya mucho tiempo que la quiero bien, pero hasta hoy.....

— ¿Qué? — preguntó Joaquina al ver que su hijo vacilaba en proseguir.

— Hasta hoy..... no me he atrevido á decirle que la quería.

— Eso también lo creo.

— Pero hoy se lo he dicho; y como me quiero casar al momento, si V. y mi padre son servidos, tendré muy pocos días novia, para tener muy pronto mujer.

— ¿Y quién es ella?

— Marta.

— ¡Marta!

— Qué está presente.

— Pero, hijo, ¡si me dejas lela! — exclamó la señora Joaquina; — ¡si yo creí que no la podías aguantar! ¡si el que parecía que la quería *festejar* era tu hermano!

— Mi hermano sólo quería divertirse con ella: ya lo había yo conocido así, y además, él me lo ha dicho hoy; por cuyas razones, madre, como yo quiero de veras á Marta; como ya está hecha á la casa; como ya sabe descansar á V., y es una muchacha juiciosa, me casaré con ella, tan pronto como V. y mi padre dispongan.

— ¡Cómo, hijo! ¿tan pronto quieres?

— Madre, cuanto ántes: el llanto sobre el difunto.

— Aquí viene tu padre — dijo Joaquina, que sólo deseaba salir del atolladero en que la ponía el carácter ejecutivo de su hijo.

En efecto, Juan María, acompañado del señor cura, entraba en aquel momento en la cocina, de vuelta de su paseo, y ambos se dirigieron al fogón, cuyos bancos tan agradable asilo ofrecían en aquella helada tarde de invierno.

VII.

LA TIA POTAMIANA.

Los dos ancianos presentaban un aspecto muy distinto, pero ambos agradable y simpático.

El señor cura, que contaba ya cerca de cincuenta años, era de estatura alta y algo obeso; sus hábitos ta-

lares eran nuevos y decentes, porque profesaba el principio de que el primer deber de un sacerdote es honrar la religion y respetarse á sí mismo.

—Jamás—decía algunas veces—jamás he comprendido el sórdido descuido de algunos sacerdotes; su calzado torcido, su traje sucio y descompuesto: creo que la propia dignidad es exigente, y que puede respetarse áun con la más escasa fortuna: ¿qué manos deben estar más blancas y cuidadas que las que cada día se emplean en el santo sacrificio de la misa? ¿qué cabeza más aseada que la que está adornada por la sagrada corona del sacerdocio? El que se respeta á sí propio, puede estar seguro de inspirar respeto y consideracion á los demas.

Pensando así, el señor cura llevaba medias de seda negras, y zapatos en muy buen estado y adornados con elegantes hebillas de plata; sus hábitos eran de rico sa-ten negro; su sombrero, nuevo; sus manos estaban blancas como la nieve, y su aspecto todo tenía algo de tan plácido y dulce que consolaba el alma.

Juan María tenía doce años más que el señor vicario: era un anciano alto, delgado, grave y casi austero; pero ya conocemos su excelente corazon, su caridad y el amor que profesaba á su familia, con la cual era casi débil, á despecho de la severidad que anunciaba su porte.

Conocía tan perfectamente la fisonomía de su mujer y de sus hijos, que al dirigirles la primer mirada comprendió que algo de nuevo pasaba allí, sobre todo en Joaquina, cuyas facciones se hallaban bastante alteradas.

En efecto, la anciana habia sentido oprimirsele dolo-

rosamente el corazon, al hablar su hijo de su deseo de casarse con Marta; y no era por la pobreza de la jóven, no: era porque un presentimiento oculto le decia que aquel enlace debia hacer la desgracia de su hijo predilecto, de aquel Pedro á quien siempre habia defendido con toda la fe y todo el calor de su entusiasmo maternal.

Al entrar el señor cura y Juan María, Joaquina, su hijo y Marta se levantaron para saludar al vicario; pero así que todos hubieron tomado asiento, incapaz Joaquina de disimular su inquietud, dijo á su marido con voz un tanto alterada:

—¿Sabes lo que me decia Pedro? ¡que se va á casar!

—Ya es hora, y me alegro—respondió gravemente Juan María.

—¿Y quién es la novia?—preguntó alegremente el señor cura.

—¡La novia..... es Marta!—respondió Joaquina.

—¡Hola, picarilla!—dijo paternalmente el buen Juan María—¿conque lo has sabido tener tan callado?

Al pronunciar estas palabras, el acento del labrador era tan cordial y alegre como si se hubiera tratado de la muchacha más rica del pueblo.

Joaquina miró asombrada á su marido, pero éste prosiguió:

—Mujer, ¿qué tienes, que pones esa cara de entierro? ¿que la chica es pobre? Déjala, que áun tenemos pan que darles: que sea una muchacha honrada, que quiera y haga dichoso á Pedro, y no hay que pedir más.

—Marta, tu madre te llama—dijo un niño pequeño de una vecina, asomando á la puerta su cabecita rubia.

Marta, que no desplegaba sus labios, salió muy satisfecha de escapar de aquella posición embarazosa, y dejó á su amo y al señor cura arreglar la cuestión de su boda.

— Juan María — dijo el señor vicario así que la joven hubo desaparecido — y tú, Pedro, escuchadme: me parece que ese casamiento desagrada á Joaquina, y la madre y la esposa debe ser consultada en estos casos: veamos qué razones tiene su oposición, porque pueden ser muy atendibles.

— ¡ Es claro, mujer! habla — dijo bondadosamente su esposo; — ¿ por qué te has puesto tan triste? Vamos, di sin reparo todo cuanto quieras; eres madre del chico, y puedes tener razón.

— ¡ Ay, Dios mio! — exclamó la pobre mujer, á cuyos ojos se agolparon gruesas lágrimas; — ¡ si yo no sé qué decir! Nada de malo hallo en Marta..... pero mi corazón se ha helado al oír hablar de esa boda..... yo la quiero..... la estimo..... todos ven que la trato lo mismo que á mi hija..... pero no quisiera que fuera la mujer de mi Pedro.

— ¡ Pobre madre! — murmuró el vicario; — y sin embargo, nada de lo que dice son razones; son aprensiones, y nada más, y eso no basta para contrariar y deshacer quizá la dicha de su hijo.

— ¡ Oh, no, no! ¡ yo no digo nada, nada, que se case! — exclamó la pobre mujer, que no podía contener el llanto.

— Pero, madre — dijo Pedro — ¿ tiene V. algo que decir de Marta? ¿ sabe V. algo de ella, que no sepamos los demás?

— ¿ Yo? nada, hijo, nada: la tengo por honrada como la que más.

— Pues, entónces.....

— Vaya, aprensiones..... tonterías — dijo Juan María; ellos serán dichosos y nosotros también al verlos: ¿ que no es rica? Pedro no es pobre: hablemos ahora de otra cosa, y cuando deje á la chica la bruja de su madre y entre aquí, convendremos en el día que se ha de celebrar la boda.

Joaquina, que profesaba á su marido un respeto á toda prueba y un cariño inmenso, procuró serenarse y desterrar de su alma sus tristes pensamientos; pero sólo á costa de un esfuerzo violento le era dado ocultar lo que sufría interiormente.

La conversacion se arrastraba lenta y penosa, y Marta no volvía á entrar, entretenida en hablar con su madre.

Esta mujer, anciana, de aspecto repugnante y que se embriagaba todos los días, tenía prohibida la entrada en la casa donde su hija había hallado un amparo tan cariñoso; Joaquina la miraba con una especie de horror, porque mil veces la había hallado á la orilla del camino completamente privada de sentido por sus excesos en la bebida.

Así, pues, cada dos ó tres días se acercaba á la puerta de Juan María y hacía llamar á su hija, que salía y hablaba con ella bajo el cobertizo.

Aquella noche, la conversacion era más animada que otras veces.

La hija dió parte á su madre de la boda, con semblante triste y la voz alterada por el llanto.

—¿Y te quejas de que vas á casarte con Pedro Carasco?— preguntó la tia Potamiana, que así se llamaba la madre de Marta, dando á ésta un pellizco de padre y muy señor mio.

La muchacha calló y se echó á llorar, ya por el dolor de la corrección materna, ya porque se ahogaba de pena.

—Pues ¿cuándo podías tú haber esperado esa suerte?— preguntó la vieja irritada:—bribonzuela, remilgada, ¿te parece poco lo que logras? ¡entrar de criada, y casarte con el hijo mayor de la casa! ¡Si no te veo yo al momento la cara de pascua, vas á bailar sin ganas y sin música! Lo que ahora es menester es que hagas lo que puedas por llevarme á vivir á tu compañía, porque ya es hora de que yo descanse.

—Eso no puede ser, madre— respondió asustada Marta;— ya sabe V. que nadie de esta casa la quiere; que me tienen mandado que no la deje pasar á V. del umbral.

—¿Y por qué?— exclamó la vieja furiosa.

—Porque lleva V. fama de mala mujer; porque echa usted las cartas, y porque á cada paso se la encuentran á V. tendida en el campo y sin conocimiento á fuerza de beber vino y aguardiente.

—Eso no importa para que tú, una vez casada y ama de tu casa, me recibas en ella.

—Pero ¿cómo quiere V. que haga eso? Jamas seré yo el ama de mi casa. Pedro no querrá dejar á sus padres; ya me lo ha dicho; ni sus padres tampoco querrán que salga de aquí.... ya sabe V. lo que le quieren, y que él solo es el que manda.

—Por lo mismo podrás mandarle tú.

—¿Yo?

—Esos geniazos son los que mejor se dejan dominar, sobre todo si la mujer tiene picardía para manejarse; pero ahora no hablemos ya más: véte á dentro, que es forzoso contemplarlos hasta agarrar la presa: despues ya te diré yo cómo te has de componer para hacer la tuya.

La malvada vieja se alejó cojeando, y su hija volvió á entrar en la cocina.

—Hija—dijo Juan María—dentro de un mes se hará vuestra boda;—¿qué dices á eso?

—Que me avengo á lo que VV. dispongan—respondió la muchacha.

Mariano, que ya habia vuelto del trabajo, se hallaba sentado en un extremo de la cocina.

—¿Conque vamos á tener boda?— preguntó con una risa amarga y socarrona:—vaya, ya lo sabía, pero no pensaba que fuera tan pronto.

—Lo que se ha de hacer vale más que sea pronto—respondió Pedro duramente.

El señor cura se levantó para marcharse, y Marta se levantó tambien á fin de preparar la mesa para la cena, y para alumbrar la cocina con el candil de hierro que pendia todas las noches de su clavo de la chimenea, porque ya era la hora que acostumbraba á ir renniéndose la tertulia.

Mientras ejecutaba sus diversas evoluciones, iba seguida por dos miradas de expresion muy diferente.

La de Pedro era húmeda, tierna y llena de amor; la de Mariano, sombría y profunda como una amenaza de muerte.

VIII.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

Algunos días despues, y en una hermosa tarde de Febrero, dos personas se hallaban reunidas en una de las pequeñas estancias del cortijo que ántes habia sido de Bruno *el rico*.

Era la habitacion más grande de lo que suelen ser las de su clase, y estaba limpia, pero desordenada, como si una mano inexperta y casi infantil hubiera presidido á su arreglo.

Y en efecto, era así: Susana y *el Romo* eran los que se repartian todos los quehaceres de la casa, y los que cuidaban del padre de aquélla, que en otro tiempo era llamado Lorenzo en Cabañas, y al que ahora todos llamaban D. Lorenzo, dictado que él no rechazaba, y que recibia con una indiferencia sombría y un tanto altanera.

Lorenzo, ó D. Lorenzo, habia sido uno de los mozos más gallardos de la aldea: su padre se miraba en él; pero él, ingrato y desconocido como casi todos los hijos únicos y mimados, habia querido cambiar el arado por el fusil, y la soledad del campo por el bullicio de las grandes ciudades.

Partió, pues, como voluntario, y dejó solo y triste á su padre.

Éste esperó su vuelta, contando, durante los primeros años de su ausencia, los meses y las semanas, despues los días y las horas, y por último los segundos: le vió, al fin, venir y tuvo la indecible alegría de hallarle ileso y más gallardo que nunca.

Pronto buscó novia y se fijó en la hija de Juan María, que era alcalde y uno de los más ricos vecinos del pueblo.

Ademas, ¡era Celeste tan bonita!

¡Era tan codiciada por los jóvenes!

¡Era tan envidiada de las muchachas!

Tal vez por todas estas consideraciones se aficionó á Celeste Lorenzo y llegó á hacerse amar de ella con ese amor único y exclusivo que sólo una vez se puede sentir en la vida.

Bruno *el rico* estaba lleno de alegría con la perspectiva del enlace que se preparaba á su hijo; pero tan risueñas y doradas esperanzas fueron eclipsadas por una negra nube que, en forma de una mujer, pasó un día por aquella pacífica aldea.

Una mañana apareció allí una hermosa extranjera, Lorenzo la vió, y ya no pudo separar de ella los ojos.

Con gran sorpresa suya, ella le miró tambien y se sonrió con dulzura; el amor, acompañado de la más loca vanidad y de las más dulces esperanzas, se posesionó del alma del licenciado.

Huyó con aquella mujer despues de robar á su padre, robo que se frustró providencialmente, no bien se hubo consumado.

La infeliz Celeste murió al verse abandonada.

Al empezar esta historia, hemos visto volver á Lorenzo envejecido, tético y acompañado de una hija á la morada paterna.

¿Qué le llevaba allí?

No tardaremos en saberlo.

Su aparición en la aldea causó una sensación de horror, más fácil de comprender que de explicar.

No era sólo de una muerte de lo que se acusaba á aquel hombre: se le acusaba de haber causado también la de su padre con su segundo abandono.

En efecto, el pobre Bruno empezó á encorvarse bajo el peso de su pena cuando su hijo huyó con la fatal mujer que le había hecho olvidar todos sus deberes, todos los lazos de la sangre, del amor y de la amistad, y se fué inclinando poco á poco hácia el sepulcro, al que descendió al fin, sin que sus labios acusasen una sola vez al hijo ingrato que causaba su muerte.

En la tarde de que te voy hablando, lector mio, se hallaban juntos en un aposento Lorenzo y el señor cura, que le miraba compasiva y silenciosamente.

El sol, reflejando en las blancas paredes y en los muebles de pino, enviaba doradas tintas al semblante marchito y duro de Lorenzo: alumbrados por aquel resplandor, eran más terrible los estragos que el tiempo y los dolores habían hecho en sus facciones, ántes tan bellas y correctas, y ahora tan desfiguradas.

—He escrito á V. para que se dignase venir aquí, señor vicario—decía Lorenzo—porque mi alma flota entre dos abismos, que ya el uno, ya el otro, deben atraerla sin remedio, si V. no sale á mi defensa: todos huyen

de mí en esta tierra en que he nacido, y, lo confieso, un sordo furor se apodera de mi ánimo al ver esta aversión.

—Lorenzo—repuso el sacerdote gravemente—lleva con paciencia esta prueba que Dios impone al que reniega de su patria, de su familia, de la mujer que le amaba, de sus amigos y de todos los afectos tiernos y santos que rodearon su cuna y su juventud; borra esa animadversión á fuerza de beneficios; haz ver á estas pobres y sencillas gentes que fuiste extraviado, pero no corrompido para siempre; no olvides que en el cementerio de esta aldea deponen contra tí dos tumbas; y en vez de irritarte el merecido castigo de tus faltas, pide á Dios que sea más piadoso que justo, y que no castigue en tu hija tu crueldad filial.

—¡Oh, sí!—exclamó sorda y desoladamente Lorenzo;—eso es lo que más temo; eso es lo que roba el sosiego á mis días y el sueño á mis noches: ¿harán desgraciada á mi pobre Susana las faltas que yo he cometido? ¿Caerán sobre su cabeza inocente? ¿Alcanzará á esa infeliz criatura el horror que me manifiestan? Ya hace algunos días que estamos aquí, padre mio, y aún la tengo presa en el cortijo, para que no vea que huyen de ella, ó para evitar otro mal más grande; porque en estos campos donde todo se sabe, donde nada es un misterio, donde la vida es un cristal trasparente, ¿no es muy fácil que haya una boca oficiosa que le refiera las faltas de su padre? ¡Oh! esta idea no me deja un solo instante de sosiego; yo, que he tenido encerrada hasta ahora á mi hija entre las cuatro paredes de un convento, no quiero apa-

recer ahora y de repente culpable á sus ojos ; ¡ eso sería horrible..... horrible!.....

—Cálmate, Lorenzo—dijo el señor cura tomando paternalmente la mano del desgraciado ;—ten esperanza en la bondad divina y en el ángel que pide por tí á los piés del trono del Señor y que tanto te amó en la tierra.

—¿Será posible que Celeste pida por su verdugo?—exclamó Lorenzo ;—¿será verdad que quiera conjurar el castigo del cielo? ¡Ah, padre mio! ¡Si V. supiera las veces que he pensado en ella! Cuando llegué aquí, nada sabía aún de su muerte..... ni de la de mi padre..... pregunté por los dos y *el Romo* me dijo que ya no existían..... El hijo pródigo, al volver á su hogar, ha sido ménos afortunado que el de la Escritura, pues ha encontrado sólo las tumbas de los que le amaban.

—Por lo mismo que es muy grande tu desdicha, Lorenzo, no debes desconfiar de la piedad divina ; ¿has cometido crímenes? ¿Aquella mujer te arrastró en su caída por lo pendiente del mal? Sólo los crímenes son los que castiga Dios en los hijos de los culpables, pero las faltas las perdona su infinita misericordia.

—Señor—repuso Lorenzo—si V. se digna oírla, yo le referiré brevemente mi vida desde que abandoné estos sitios, que nunca debí haber dejado : es V. el solo corazón amigo, á quien puedo abrir el mio y de quien puedo esperar consuelo y consejo.

—Habla, Lorenzo—dijo el sacerdote—todo el que sufre es mi hermano, y jamás dejo de participar de sus penas y de ofrecerle como bálsamo la santa doctrina del Evangelio.

El hijo de Bruno se recogió en sí mismo durante algunos instantes, como para recordar todas las tristes circunstancias que iba á referir, y luégo empezó de este modo :

—Ya sabrá V., señor cura, cómo mi mismo padre descubrió el robo que vergonzosamente le había hecho para huir con Enriqueta, y cómo ésta, aborrecida de todos los habitantes de esta aldea, fué reducida á prision ; aquella prision la abrió la mano generosa de Pedro, y huimos los dos de este país, sin recurso alguno.

»Llegamos á Madrid ; la mujer á quien había unido mi destino estaba arruinada ; pero conservaba buenas relaciones, y me alcanzó un empleo decente en una de las dependencias del Estado, utilizando los pocos conocimientos que yo había adquirido durante mi carrera militar.

»Le propuse que nos casáramo y que viviéramos modesta y arregladamente : aún existían en mí semillas de pundonor y honradez, el amor al hogar, y el horror al vicio y al desórden : por ella, además, me sentía capaz de una existencia humilde y laboriosa, en la que hubiera sido dichoso, porque ella sabía embellecer con la magia de su talento todas las posiciones ; pero ella rehusó ; no me amaba lo bastante para unirse á mí con los lazos de una eterna union : corazón llagado por los desengaños y las humillaciones, se hastió bien pronto del amor que creyó tenerme, y de haberme hecho faltar, para seguirla, á todos mis deberes : si yo, cuando ella vino á esta aldea, hubiera opuesto á sus manejos de seducción la austera firmeza de mi deber y la consideracion á los com-

promisos que habia contraido, su espiritu vicioso y ligero, atraido por la contradiccion, se hubiera tal vez fijado en mí; pero la seguí como un cordero dócil, me llevó por su camino con facilidad, y desde el instante que di el primer paso en aquel camino fatal ya no pude arrastrarla al mío.»

Detúvose Lorenzo, y sus facciones expresaron una aguda pena: llegaba acaso á lo más doloroso de su narracion, y vacilaba ante las amargas confidencias que iba á hacer al ministro de Dios.

Mucho debia haber amado á la mujer de quien hablaba, cuando sólo al recordarla sufría tanto y con tanta intensidad.

Despues de una pansa, que el vicario no se atrevió á interrumpir, prosiguió así, con voz oprimida y ahogada por la emocion:

— Enriqueta no pudo renunciar á sus hábitos de molicie y de lujo: buscó una casa elegante, y llevó á ella servidumbre, compuesta de tres ó cuatro personas; siguió usando sus trajes de seda, sus sombreros, sus encajes, y me dijo que fuera al sastre que más me agradase y que me vistiese bien.

»—¿Pero de dónde le pagarémos?—le pregunté asombrado.

»—No te apures—respondió riéndose;—tengo crédito y algunas personas que me prestarán.

»Yo no me atreví á insistir; tan preso me tenían los lazos vergonzosos de aquel amor, que temí que me despidiera como á un criado importuno: sólo para tener la libertad de hacerlo habia rehusado unirse á mí con los la-

zos de una union legítima y santa; sin embargo, de nada podia yo quejarme; cuando concluía las ocupaciones del dia, volvía yo á mi casa, la encontraba sola, leyendo ó recostada en un sofá; tenía palco en los teatros y me invitaba á ir con ella; cuando rehusaba acompañarla no se incomodaba tampoco, y se iba sola en su coche, volviendo muy tarde, y algunas veces casi de dia.

»Á pesar de la tranquilidad aparente de aquella cómoda y suave vida, tenía para mí torturas indecibles; yo cobraba mi sueldo, y lo ponía en la falda de Enriqueta; pero ella lo empleaba al dia siguiente en pagar á mi sastre y me lo decia con irritante ingenuidad.

»¿De dónde, pues, se mantenía nuestra casa y su lujo? ¿Quién sufragaba tan crecidos gastos? Un dia en que me atreví á preguntárselo, me respondió:

»—Amigo mío, no te tomes esos cuidados.

»—Lo que yo necesito saber, señora, es de dónde sale el dinero que V. gasta—le dije irritado.

»—¡Por Dios, no grite V. así!..... eso es de mal gusto—dijo en tono zumbon;—eso huele á aldea de una legua. ¡Qué necesidad hay de dar esas voces para entenderse! Veamos: ¿qué es lo que V. quiere?

»—Saber de qué vivimos, ya lo he dicho.

»—Usted vive de su sueldo; yo de lo que tengo.

»—¿Pero quién le da á V. lo que tiene?

»—¡No sé, amigo mío! mi buena suerte; la Providencia; casi todo lo debo; pero dejemos esto. No he querido casarme con V. por tres cosas: la primera, por no ligarlo á mi destino, en el que hay algo de oscuro y de fatal; la segunda, para que jamas se vea obligado á pagar mis

dendas ; la tercera , para que el día en que el uno se canse del otro nos separemos sin ruido y sin angustias : ya ve usted que , rehusando ser su esposa , le ha dado una prueba de cariño no pequeña ; si ahora está V. cansado de nuestras relaciones , puede separarse de mí cuando guste , porque afortunadamente podemos decir : *no es casamiento.*

»Entonces me arrojé á sus piés , y le supliqué que perdonase mi curiosidad : me veia despedido , y esta idea , en vez de despertar mi dignidad , me sumergió en una aflicción desgarradora.

»—Levántate— me dijo ella , volviendo á tomar su lenguaje familiar , que tan fácilmente cambiaba por el de la extrañeza y el enojo ;—no me agradan las comedias domésticas ; prefiero el drama ; si vivo contigo hace un año sin fastidiarme , es porque tu carácter es bueno y razonable ; el día que se malee , me cansaré de tí.

»Algunos meses despues de esta escena , Enriqueta dió á luz una niña ; era tan parecida á mí , y habia visto á su madre tan solitaria , que la acepté como mia : se dió á criar , y Enriqueta se puso buena en breve , pues su delicada salud se habia robustecido durante su embarazo

»Cuando se levantó , me hizo llamar y me dijo :

»—Lorenzo , he respetado tu amor y tu hija , pero todo lo que he gastado lo debo ; te hago esta aclaracion , como explicacion de mi conducta venidera : voy á aflojar algun tanto los lazos que me unen á tí ; necesito pagar mis deudas y vivir ; si te conviene vivir á mi lado , lo harás como hasta aquí ; si te chocan mis nuevos hábitos , déjame y no te acuerdes de que me has conocido y amado ;

pero nada de escenas de furoros y reconvenciones , porque nada adelantarias ; poseo mi libertad , que no he querido cederte , como sabes , ni aún por el precio de ser estimada como esposa y madre.

»Yo no respondí ; esperaba que nuestra vida seguiria , poco más ó ménos , como hasta entónçes ; pero esta esperanza no podia ser más vana.

»Poco tardé en ver mi casa , ó mejor dicho , la de Enriqueta , invadida por esa clase de hombres que van paseando sus vicios en carruaje , y que gastan lo que tienen y se arruinan por las cortesanas . El tren de la casa se aumentó con algunos criados más ; ella dejó de comer conmigo , porque siempre tenía convidados ; un hombre grueso y de edad madura se hizo su constante compañero , y no habia día en que no le encargase diamantes , encajes , terciopelos , ó al ménos un ramillete de doscientos reales.

»Me quejé furiosamente ; pero ella me contestó sólo mostrándome la puerta.

»—Yo—me dijo una vez—no he consentido en unir al tuyo mi destino ; por lo tanto , soy libre ; tú te has ligado á mí ; demasiado generosa soy que te dejo la misma libertad que me he reservado.

»Una noche en que ella cenaba con algunas amigas suyas y dos ó tres hombres , yo , encerrado en mi cuarto , oía el ruido de la vajilla de plata , el choque de las copas y las ruidosas carcajadas.

» Quise correr al comedor , pero el rubor me contuvo.

— ¿ Quién eres tú ? me dije :— ¿ olvidas que te despedirá de allí como á un criado importuno ? ¿ Quieres que

se burle de tu angustia, de tu desesperacion? ¡No, no!
¡Más vale morir!

» Tomé una caja de pistolas que había comprado, perseguido ya por un tenaz deseo de morir; apliqué una á la sien y disparé, pidiendo perdon, desde lo íntimo de mi alma, á Dios, á mi padre y á Celeste.

» El temblor de mi mano debió sin duda desviar el tiro, que recibí en la mejilla: no temblaba de pavor; estaba convulso de cólera; cuando volví en mí, me hallaba en la sala de presos del hospital y había perdido la razon.

» Cinco años despues me dieron por sano, y salí á la calle más pobre y desvalido que lo había estado nunca: corrí á ver á la fatal mujer causa de todos mis males: había desaparecido envuelta en el torbellino que arrastra á esas vidas sin pasado, sin presente y sin porvenir.

» Despues de la madre, pensé en la hija; fui á verla, y estaba buena, crecida y hermosa.

» Una mano desconocida pagaba cada tres meses los honorarios de la nodriza, la que me dijo que hacía cosa de cuatro años había ido una señora muy hermosa, muy pálida, y que parecía triste y enferma, á ver á la niña; que la había abrazado, llorando, muchas veces, y que le había rogado que la cuidase, pues nunca le faltaria su sueldo como remuneracion de sus desvelos.

» Algunos dias despues del en que había tenido el inefable placer de abrazar á mi hija, salí para América: solo, pobre, sin recursos, ¿qué podía hacer?»

—¿Y no pensaste en tu padre?—preguntó el vicario dolorosamente;—¿no recordaste su tierno cariño, su indulgencia, su amor para tí, Lorenzo? ¡Ah! ¡Si hubie-

ras venido entónces, aún hubieras podido evitar su muerte!

—¡No me atreví!—respondió Lorenzo;—no podía prometerle aún abjurar mis errores; el recuerdo de aquella mujer estaba grabado en mi alma con caracteres de fuego; el silencio, la tranquilidad de esta aldea, me causaban horror: ¡ella no podía estar aquí, y el deseo de hallarla era lo que me impelia á cruzar los mares. ¡Ay, señor! ¡Sólo cuando el porvenir de mi hija me ha inspirado temores es cuando he venido á buscar un refugio seguro y tranquilo bajo el cielo natal!

» Entónces partí en alas de mis locos deseos; recorrí las Antillas en busca de Enriqueta y de pan; á ella no la encontré, pobre arista perdida entre las tempestades de la vida; sólo la mirada de Dios cobija su destino; pero el pan se me ofreció en abundancia.

» Escribí á la nodriza de mi hija mandándole, así que me fué posible, una cantidad de dinero suficiente para los gastos de pensionista en las Salesas Reales, y cuando supe que ya estaba segura en aquel asilo sagrado, un peso enorme se me quitó del corazón.

» Apenas hará un mes que llegué de América, y he traído conmigo oro bastante para asegurar el porvenir de Susana; además me halló aquí intacta la rica herencia de mi padre; pero la idea de que yo quise poseerla cuando aún vivía él, y de que acaso mi culpable ambicion apresuró su muerte, me hace mirarla con horror, y la cedería toda á los pobres, si no pensara en mi hija, que es inocente y digna de ella.

» No bien llegué á Madrid, corrí á sacar á mi hija del

convento, y por un deseo irresistible de mi alma, la traje bajo el techo de mis padres, imaginándome que no podía traerla á lugar más puro.

»Ahora bien, padre mio: ¿qué debo yo hacer? ¿Volveré á encerrar á mi hija en el asilo de donde la saqué? Eso me parece injusto. ¿Viviré por ella en una populosa ciudad? Esa infeliz niña no tiene madre y le falta, por lo mismo, la guía mejor y más segura para su inexperta juventud.

»Nada conoce del mundo, nada sabe de él; y por cuanto hay de más rico y precioso sobre la tierra, no quisiera que conociera sus engaños, ni que pisára sus senderos de flores, que guardan tantas espinas: cuanto más culpable ha sido la vida de su madre, tanto más pura quisiera yo hacer la suya, y veria realizado el más hermoso de mis sueños si pudiera hallar para ella un esposo habitador de estos campos, y que fuese lo que yo debí ser, si me hubiera casado por dicha mia con Celeste.»

Calló Lorenzo, esperando la respuesta del vicario, y todas sus facciones expresaron la ansiedad más profunda; pero el sacerdote se habia recogido dentro de sí mismo, y parecia meditar aquel consejo que debia decidir de la suerte de una criatura inocente y buena.

Entre tanto se oia en el jardin el canto fresco y alegre de Susana, que, bien ajena de que se trataba de su suerte, corria y cogía flores, que luégo dejaba en el agua de un limpido riachuelo para que conservasen su frescura.

—Lorenzo— dijo el señor cura— voy á decirte lo que mi corazon y mi conciencia me dictan: creo que de-

bes permanecer aquí en la tranquilidad, y esperar á que el cielo te designe para tu hija ese marido honrado y bueno, hijo del campo, y que la haria dichosa: aquí será su madre la Naturaleza; en las grandes poblaciones no puede una jóven vivir sin madre: en cuanto á tí, borra con beneficios el recuerdo de tus faltas, y estos honrados campesinos las olvidarán, no lo dudes; la sombra de tu padre, aquí presente, y que refleja en estos bosques, ayudará á tu rehabilitacion; sus virtudes abogan por tí, y tambien la inocencia y la hermosura de tu hija. ¿Ves desde esta ventana esa alta y majestuosa encina, á cuyo pié ha brotado un renuevo amarillento y enfermizo? Esa es la imágen de lo que fué tu padre, de lo que has sido tú: él, árbol poderoso de sombra bienhechora, de pura y limpia savia; tú, retoño raquítico y devorado por el gusano roedor de la vanidad; pero mira bajo la rama enferma brotar otra pequeñita, frondosa y verde, que pronto se cubrirá de flores. Dios ha dado á la nieta mucho de la rica savia del árbol abuelo, y la salud y la vida han pasado á ella. ¿Quién sabe si aún podrá revivir á su enfermo y demacrado padre? Pronto estará llena de vigor y de fuerza, y quizá aquel vigor llegará hasta las venas del enfermo, que ha languidecido durante tantos años; esa rama tierna, fresca, llena de hermosura, que canta cuando la mece la brisa, que ostenta al sol su brillante verdura, esa es la imágen de Susana, y ella devolverá la paz y la tranquilidad á tu alma, cubierta aún con la sombría imágen de su madre.

—¡Ah, señor cura! ¡Ah, padre mio! ¡Ved aquí las primeras lágrimas que vierto desde que dejé la casa de

mi padre! — exclamó Lorenzo, de cuyos ojos brotaban, en efecto, gruesas lágrimas. — ¿Qué revolucion es ésta que obra en mi alma su palabra llena de calor y de fe? ¿Quién le ha enseñado á consolar así al que sólo veía por todas partes la oscuridad y la duda?

— Sólo te he dicho algunas palabras de verdad, Lorenzo — contestó sencillamente el vicario; — la verdad, antorcha celeste de la razon humana, es lo que más convence, y la sola que cicatriza las llagas que abren culpables ilusiones; creo que mi consejo es bueno y que debes seguirle por tu bien, no ménos que por el de tu hija.

— ¡Oh, sí! ¡le seguiré! — exclamó Lorenzo con entusiasmo. — Soy rico, haré mucho bien: he sido culpable, procuraré que se olviden mis faltas en gracia de mis beneficios; mi hija, padre mio, es el solo bien que me liga á la tierra, la sola ilusion de mi alma, el solo amor de mi existencia: ¡ojalá estos bosques amigos presten sombra á su dicha, y este valle, que me ha visto nacer, sea el asilo seguro que conserve su inocencia y la libre de los peligros del mundo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

PRESAGIOS DE TORMENTA.

Pasemos un año, lector mio, y aún dos meses más, si tú quieres, y vamos á la avenida de los sauces, en la tarde de un domingo de primavera y á eso de las cinco, y te mostraré el cuadro más bello que pueda admirar tu fantasía, aunque seas poeta ó pintor.

En la avenida de los sauces fué donde Celeste, la hija de Juan María, exhaló el último aliento, minada por la pena devoradora de un amor sin esperanza; allí vió á su amante por primera vez, y allí quiso morir cuando perdió la esperanza de verle.

Era un sitio agreste, en extremo fresco y lleno de una alegría y pureza que no pueden describirse.

Brotaba una fuentecilla de agua cristalina y murmuradora, á cuya orilla habia plantado Pedro, para que divirtiesen los tristes ojos de su hermana, algunas plantas de azucenas: las primitivas habian muerto ya; pero